

Pero los hechos, que acaso explican de otro modo la conducta de D. Enrique, van á justificarle.

Volviendo á las excepciones circunstancias porque atravesaba el pueblo de Madrid en aquellos aciagos dias, son muchas, muchísimas las excepciones que debemos dar y habiamos omitido en lo que llevamos de nuestra narracion.

La ansiedad del público era cada dia más profunda, creciente á medida que el mes de abril adelantaba.

Los acontecimientos que á pasos de gigante venian precipitándose á complicar tan excepcional situacion, tenían ya en qué fundar su terrible planta.

La mina estaba cargada suficientemente, y si á partir desde aquel punto se difirió su explosion, fué porque faltaba la incendiaria mecha, una sola chispa, un pretexto el más débil en que prender.

Ya las esperanzas que por un momento se habian abrigado, no encontraban eco, ni siquiera disculpa en la sana razon. El más iluso, el más fácil en hallar explicacion á ciertos síntomas entre los indignados habitantes de la corte, no podia formarse ya una ilusion halagüeña que atenuase los negros colores de la tempestad formada sobre el horizonte de la patria, y que tan próxima estaba á descargar con terrible furia.

En el noble pecho español ha cabido siempre la lealtad y la confianza hasta un grado peligroso, sí, peligroso: porque ¡cuantas veces por las puertas fáciles de la confianza se entra con faz amistosa la hipócrita y falaz perfidia!

Ya hemos dicho y todo el mundo sabe que esto habia acontecido con el pueblo de Madrid al entrar en su recinto las huestes de Napoleon.

Las disensiones entre la familia real y la pasion del

pueblo hacia el príncipe Fernando, hicieron creer á sus huéspedes los pacificadores, ó más bien mediadores, entre hijo y padre. Al final de nuestro libro verán nuestros lectores cómo el emperador y rey medió en estas discusiones político-domésticas, como las llama el historiador Lafuente con grande oportunidad.

Prevenido, pues, el pueblo de Madrid con la presencia de hechos que no habia esperado, tan indefenso como entregado á sí mismo, sin otra autoridad que su débil junta de gobierno, ni más fuerzas que oponer llegado el gran día que su santa indignacion y el inútil golpe de un brazo desarreado; si es verdad que su impotencia era de todo punto manifiesta, no lo es ménos que en su afan de arrojar de entre sus muros las águilas que aborrecia, ni siquiera se detenia su ódio implacable á medir toda la enorme desproporcion que existiria en el caso de aventurar una lucha.

Dice á este propósito el historiador Lafuente, que dejamos citado:

«Dios permite que estos primeros movimientos sean ciegos, (se refiere al levantamiento del Dos de Mayo) y el pueblo de Madrid no vió, ó no quiso reparar en la desigualdad de la lucha, y que habria sido menester un milagro para que no sucumbiera, pobre muchedumbre, sin armamento ni disciplina, sin direccion y sin jefe, oprimida por los cañones y por los fusiles y las lanzas y los satles de las veteranas y brillantes y prevenidas legiones imperiales, acaudilladas por uno de los más famosos y estratégicos generales y el más acreditado ginete y vigoroso brazo del imperio.»

Pero ese pueblo á que nos referimos, desde que á la desconfianza fundada en odiosos hechos y ofensivos alardes, sucedió la secreta decision de sacudir su yugo cada vez más

pesado, parece como que tuvo á ménos el detenerse á considerar el ostentoso aparato de tan inponente fuerza...

Decíamos que el pueblo no tenía jefes que fuesen capaces de dirigirle en un momento dado; pues las tropas españolas, ocupadas en forjar nuevos eslabones para la cadena con que el coloso francés pretendió en su sueño ambicioso ceñir al mundo, ni siquiera volvian entonces atrás sus ojos á considerar el peligro en que estaban la libertad y las instituciones de la pátria. Pero si en Madrid faltaban guerreros, caudillos que en cierto modo garantizasen las complicaciones y los riesgos de un porvenir, dispuestos á colocarse á su frente en un caso supremo, no así faltaban hombres que dominasen y aun dirigiesen la opinion, propagando las noticias que pudieran quedar más aisladas por su alta procedencia, atizando el encono, el odio ciego á las huestes imperiales, y el temor de la dominacion que debia desenfrenarse bajo el más fútil pretexto, y desde el momento en que la máscara, ya insegura en el rostro del caudillo francés, cayese á tierra con el primer estremecimiento, con la primera convulsion que alterára el inseguro equilibrio de un orden tan anómalo como pronto á quebrantarse por ambas partes; por el pueblo y por los extranjeros.

Identificados en la clase más inferior, varios activos y afanosos agitadores, no se daban tregua ni punto de descanso, corriendo desde el centro á las estremidades con la ardiente ansiedad del que acaba de columbrar un voráz incendio que comunicado en el centro de un edificio, vá formando pavesa y cobrando bríos para estallar y devorarlo todo, si á tiempo no se le oponen elementos capaces de extinguirlo y anonadarlo en su origen.

Uno de estos agitadores, el cabeza de todos, era el entonces popular conde de M..., conocido por el tio Pedro, y

de quien nos hemos ocupado indistintamente.

De un carácter turbulento y emprendedor, prescindiendo ahora de sus rancias ideas en política, nadie era seguramente tan apropiado como él para promover, ordenar y atizar los motines.

Democratizado, digámoslo así en sus costumbres, aunque aristócrata intransigente en el corazón, el pueblo de los barrios le tenía por su amigo y su oráculo á la vez. Conocía M... de tal modo á sus gentes y estaba tan seguro de su ascendiente y prestigio sobre ellas, como pudiera estarlo Murat respecto de sus aguerridos soldados.

Aquel atrevido y célebre personaje llevaba sus intimidades con el pueblo al extremo de vivir habitualmente en sus círculos; y así se le veía comunmente en las tabernas y en los corros de la gente templada con tanta naturalidad, y tan espontáneo, que hasta su decir y sus maneras, no formaban discordancia alguna con la sencillez de los demás.

Uno de sus favoritos, ó más bien de sus amigos, era el Maestro.

Don Enrique Utrera, especie de otro yo del conde de M..., ó tío Pedro, como en adelante le llamaremos, tan apasionado por el pueblo y tan identificado con él como el que más, era el primer agente con cuya inteligencia y actividad no comunes se contaba en aquellas críticas circunstancias; pues en materia de patriotismo y de odio á los franceses, todo era capaz de sacrificarlo, todo lo abandonaba, madre y amante, si en algo podía servir á los planes que se preparaban y contra los riesgos que con fundamento se presentaban.

Desde el momento en que se tuvo noticia del viaje del

rey Fernando, ni el tío Pedro, ni D. Enrique, descansaron un solo momento, fraguando á cada paso maquinaciones con las cuales se pudiera impedir la marcha.

Don Enrique se habia casi relegado á vivir en el barrio de Maravillas, donde por espacio de dos dias revolvió á todo el vecindario, de casa en casa, de uno en otro cuarto y de una en otra taberna. Con todos bebia, con todos hablaba, y á todos arrastraba con su sencillez simpática y su excelente carácter, exponiéndose muchas veces, en su ardiente celo, á comprometer gravemente su seguridad y la de sus amigos.

Hombre de un valor á prueba, y de una voluntad incontrastable, bastábale adquirir un compromiso, empeñar una palabra la más sencilla, ó formarse él mismo un propósito, para no descansar ni omitir medio en tanto no dejaba estrictamente llenos los deberes cuyo límite ensanchaba hasta la exageracion.

Aparte sus activas gestiones para detener la salida de Fernando, gestiones que al fin se estrellaron contra la fatalidad que parecia presidir á todo, Utrera habia adoptado una resolucion enérgica en lo concerniente á la desnaturalizada madre de su amante.

Desde que tuvo, más que una sospecha vaga, la certeza, el convencimiento de que no eran una fábula sino una evidencia tan clara como la luz, las revelaciones de la criada, buscó á la amiga y confidente de Eugenia, quien confirmó cuanto decia relacion con el principio de tan sério negocio.

La misma tarde en que se avistó con dicha señora, fueron ambos á la casa de Eugenia, á quien de buenas á primeras y sin ningun género de rodeo embocaron cuanto la amiga podia testificar.

Eugenia no habia esperado que Utrera se valiese ni aun que soñara remotamente en apelar á un recurso semejante; así es que desde el primer momento se desconcertó y confesó vencida.

Lo que más aquella mujer temia era el ridículo, y más aun que al ridículo á que el baron del Pino, sabedor de aquella historia, con sus graves y antimaternales detalles, diera al traste con la palabra empeñada, y por tanto con sus más risueñas esperanzas de baronazgo.

Extrechada por sus dos exigentes acusadores, pidió un plazo en el cual se resolveria decididamente á reconocer á su hija, y valiéndose del documento que obraba en su poder y en el cual existia la declaracion consabida hecha por el conde de la Alianza, legitimaria en lo posible á María, como hija del valiente general.

Pretestó para ganar el plazo de su resolucion que necesitaba preparar á su padre, cuyo enojo la imponia.

En vista de tales razones no hubo dificultad en la tregua, pues ella conducia al mejor arreglo.

Quedó Utrera en volver de allí á unos dias, en la seguridad de obtener definitivamente por parte de Eugenia una resolucion tan completa que de hecho pudiera ser comunicada así al viejo protector de María, y aun desde luego á esta misma.

El plazo fijado era precisamente la tarde que precedió á la escena del Postigo de San Martin, con el suceso del francés que la precedió y al que sin embargo debemos dar una importancia secundaria.

Don Enrique, por una exageracion de su celo, diferia para entonces hasta el alegrar con su presencia la casa de la calle del Humilladero, en donde con tal ansiedad le habian esperado inútilmente.

Por otra parte, ya lo hemos dicho: las combinaciones del conde de M... y suyas para impedir la marcha de Fernando, le llevaron al extremo de que no hubiese dormido sino dos noches en su casa durante los seis días, y esto retirándose muy á deshora.

Entretanto Eugenia urdia su trama.

Sábedora de la residencia de María, buscó un medio de acercarse á ella, procurando en la misma fuente del mal su remedio, pero un remedio desesperado, violento, inconcebible cuando se trata de una mujer cuyo corazón debe ser todo timidez, ternura, bondad y conmiseración.

Cierta mañana pasó cerca de la taberna, y observó que una jóven, su hija tal vez, conversaba con una anciana de pobre apariencia.

Confundida entre las gentes, á cuyo efecto habia tenido buen cuidado de vestirse un desaliñado traje, observó de hito en hito á la mujer jóven y á la vieja.

Esta se despidió al fin, y á los pocos momentos pasaba cerca de Eugenia, casi rozándose sus vestidos.

Eugenia siguió detrás, y la vieja entró en su albergue.

Este albergue lo conocen ya nuestros lectores, pues hemos tenido ya ocasión de penetrar en el inmundo nido que habitaba la tia Eufrasia.

No era en verdad Eufrasia una mujer muy escrupulosa cuando se trataba de dulcificar con alguna dádiva el cuadro de su miseria; pero debemos confesar que las primeras insinuaciones que la hizo aquella especie de providencia, ó para ella extraña señora, fueron tan profundas, tan convincentes como pueden serlo algunas onzas de oro puestas sobre una mano que jamás sustentó canti-

dades reunidas que escedieran de veinte reales.

El resultado de esta conferencia fué convenir el medio de que Eugenia pudiese hablar á solas con la muchacha, por supuesto bajo la más profunda reserva por parte de Eufrasia.

Esta no dió señales del menor escrúpulo, pues por otra parte, ¿qué peligro correría la jóven, y qué males podía originarle una conferencia con una señora de *cuyo buen corazón habia recibido testimonios tan fehacientes?*

Nada ha habido ni habrá nunca en ningun tiempo, edad ni sociedad bien constituida, que avive tanto el entendimiento como el *oro de ley*. La tía Eufrasia no era *lerda*, pero las dádivas, y sobre todo la esperanza de su repetición, duplicaron sus facultades intelectuales.

Lo del francés habia sido un mero pretexto. En el estado de duda y de celos en que se encontraba la pobre jóven, podia servir de algo, y servia en efecto, aunque únicamente para alejar á la mansa ovejilla de su caro redil.

Eufrasia recordaba que el francés se bebía los vientos por la jóven, y que, especie de centinela avanzado, se limitaba á gozar desde una razonable distancia del bello golpe de vista, de la agradable perspectiva que ofrecía la modesta española. Esta, tan solamente á fuerza de ver al cachazudo oficial pasar y repasar la puerta, llegó á apercibirse, aunque sin dar á esto la menor importancia, que aquel prójimo se moría por sus pedazos. Eufrasia lo observó tambien, y desde que hubo adquirido el susodicho compromiso con Eugenia, mediante las legítimas y auríferas medallas de Carlos III, asoció á sus planes al insulso guerrero del gran Napoleon.

María, en su angustiosa confusion, ni siquiera opuso

dificultad, como ya hemos visto, á que le acompañara un hombre que le era de todo punto indiferente; y el francés estuvo puntual á la cita que, puestos en inteligencia, le habia dado Eufrasia la víspera de los sucesos que vamos relatando.

En teoría, es decir, en proyecto, las personas irresolutas no vacilan en convenir con aquellas mismas gestiones que les son más contrarias; y María, irresoluta por su natural tímido, por su docilidad y falta de iniciativa, permitió que el francés hiciera á su lado el *rendez-voaz* en la proyectada escursion á la iglesia de San Ginés, y que habia de tener por resultado cazar al extraviado, y segun Eufrasia, variable con Enrique.

Ya hemos visto cómo en la práctica la pobre jóven halló inconveniente y aun vergonzosa la compañía del francés. Apenas este se hubo acercado á ella, recordó, viniéndole á mientes la aversion que Utrera profesaba á los extranjeros, cuán digna de reprobacion se hacia consintiendo aquel hombre á su lado. — Libre ya de él respiró con libertad, como el que consigue alejar de sí un fenómeno.

Volviendo á D. Enrique Utrera, este, el conde de M... y demás agitadores, habian convenido llenar de grupos la plaza de Palacio el dia en que se verificó el viaje del rey. La intencion era impedir esta salida promoviendo un motin; mas ya en el terreno, y habiendo el de M... conseguido hablar en persona á Fernando, este le recomendó que no diera ningun paso que pudiera turbar la buena armonía con los franceses, que calmase á las turbas, asegurándolas en su nombre que en aquel viaje estribaba su mayor felicidad, pues se prometia una amistosa acogida por parte del emperador su aliado, concluyendo por asegurar

que el regreso era cuestion de cinco ó seis dias á todo lo más (1).

Las recomendaciones y seguridades del rey vencieron en el ánimo del llamado tío Pedro, quien, ayudado de Utrera, calmó á la multitud apiñada en torno de Palacio. Esta vió salir al jóven monarca llena de tristeza, y refrenando sus ímpetus acompañó á la pequeña comitiva con saludos y aun con lágrimas de cariñosa lealtad.

Fracasada esta tentativa, nada tuvo ya que hacer don Enrique, sino esperar al desenlace que preveía como todos, de los acontecimientos que iban amontonándose con grave complicacion.

Entonces pensó en lo que interesaba á María, prometiéndose, ya que no era posible dar mayor legitimidad á su nacimiento, acreditar á esta quiénes eran sus padres y el fracaso que la redujo á su condicion de expósita por espacio de más de diez y seis años.

A las cinco de la tarde en que habian convenido su entrevista él y Eugenia, fué á la casa de esta.

Allí le anunciaron que la señora habia salido una hora antes, y que tardaria por lo ménos otro tanto tiempo en volver.

El asunto era demasiado importante para nuestro jóven; pues su solucion bastaria para compensar las inquietudes en que presumió habia estado aquella pobre familia mientras duró su prolongada ausencia.

Resolvióse á esperar, y esperó más de una hora y de

(1) Nuestros lectores recordarán en su ilustracion que el viaje de Fernando VII duró muy cerca de seis años. Tambien recordarán la coronacion y presencia en Madrid del intruso José I.

dos; pues eran dadas ya las nueve de la noche, y Eugenia no se daba trazas de regresar á su casa.

Era costumbre del señor Colás cerrar su establecimiento un poco antes de las diez.

Desde la calle del Prado á la del Humilladero mediaba una distancia considerable.

El corazon de Utrera comenzó á sentir una especie de remordimiento por lo que debia haber hecho sufrir á su amante; así es que por una parte este escrúpulo, y por otra el deseo que de verla tenia, le decidieron á aplazar para el dia siguiente la anhelada entrevista.

Con el corazon lleno de emociones y de pesar á la vez, se dirigió al templo de sus amores.

Llegó, y antes de dar excusa ni explicacion alguna preguntó por María: el tio Colás, cuyo semblante de ordinario apacible, se habia tornado fosco y afligido, no supo qué contestarle.

Miró á la señora Teresa, y la encontró llorosa: el tio Colás la habia reñido ágricamente por permitir que la jóven saliera á aquellas horas y con aquella mujer, y desde que la vuelta de María se habia ido dilatando comenzó á redoblar sus reconvenciones, pintando con negras tintas los más negros peligros; enumerando todas cuantas desgracias pueden acontecer á una persona, y sobre todo á una jóven que sale de su casa á deshora, y apuró tanto el catálogo, que desde el peligro de un rapto, una violacion, etc., hasta el de tropezar contra un guijarro y quedarse muerta instantáneamente, todo, todo y más si hubiera podido, arrojó como dardos de fuego al corazon arrepentido y apenado de la pobre mujer.

Don Enrique, sorprendido ante la perplegidad y aspecto de los pobres viejos, y no viendo allí á María, temió

á una desgracia, y preguntó repetidas veces hasta que le informaron de lo acontecido.

A su vez concibió los recelos de que ya participaba el tío Colás.

Después de una larga indecisión concibieron el propósito de buscar por todo Madrid á la jóven y juntamente á Eufrasia á la cual habían buscado repetidas veces, aunque sin fruto, en su chirivivil.

Sin rumbo fijo, y recordando que la vieja había dicho que irían á la iglesia de San Ginés, ambos tomaron aquella dirección, aunque por distintos caminos, pues podía darse la feliz casualidad de encontrarla al paso.

Pero D. Enrique y el tío Colás volvieron á encontrarse frente á frente de San Ginés, y el uno no había tenido más fortuna que el otro.

Entonces resolvieron recorrer las calles inmediatas, y después de una larga escursión, cerca ya de la media noche, se detuvieron desalentados junto á un poste que había en el Postigo de San Martín.

La Providencia parecía guiarles; pero estaban muy lejos de esperar que tan cerca se hallaban de su objeto.

Resolvióse que uno de ambos volvería á la taberna, por si entretanto había regresado la jóven.

El señor Colás, que con el ansia de que estaba poseído, pareció retroceder á lo más fértil y vigoroso de sus años, fué el que se encargó de esta misión.

Don Enrique volvió en tanto á pasar y repasar calles, aunque buscando siempre como punto de regreso el poste situado en la citada calle, á donde había convenido reunirse con el tabernero.

Este volvió al cabo de una hora, sin la esperanza que aun le había alimentado hasta llegar á su casa.

No abrigaron la menor duda de que algo extraño había acontecido á la pobre María; y su consternacion les acompañó hasta las cinco de la madrugada, cuyas primeras horas vinieron á sorprenderlos mostrándolos á las gentes madrugadoras tan pálidos y ojerosos como dos espectros.

CAPITULO XI.

La perfidia, el orgullo y el egoismo.

Hemos dejado á la pobre María frente á frente de aquella extraña mujer, que se le habia aparecido con todos los síntomas y caracteres de una vision.

Algo tranquilizada la jóven desde que llegó á conocer en su interlocutora un sér humano, de carne y hueso como ella, y cuando le hubo preguntado:

—¿Por qué se deja Vd. dominar así por el miedo, hija mia? pareció como que un secreto instinto, una voz misteriosa la habia obligado á fijarse en las últimas palabras de aquella pregunta.

Verdad es que cualquiera hubiera distinguido *un algo singular* en el acento con que fueron pronunciadas.

María, pues, miró fijamente á su interlocutora.

Esta sostuvo poderosamente aquella mirada, de tal modo que María tornó á bajar sus ojos.

Para nuestros lectores no es ya un misterio el nombre

de aquella mujer, pues ya se explica muy claramente que la hija y la madre, es decir, Eugenia y María, se encontraban por fin reunidas, al cabo de diez y seis años de una separacion absoluta.

Eugenia volvió á repetir la pregunta, dando una inflexion más suave á su voz.

María respondió con ingenuidad candorosa:

—Señora, despues de lo que acaba de sucederme, no he podido ménos que asustarme con la presencia de Vd., más aun que de la soledad en que estaba.

—Y ahora ¿está Vd. tranquila?—insistió Eugenia.

—Tranquila, no; pero abrigo la confianza de que Vd. no me hará daño alguno; yo tampoco lo he causado á nadie; soy una pobre muchacha, una expósita, y ya vé Vd., mi debilidad puede más que yo...

—¿Con que es Vd. expósita?—preguntó insidiosamente Eugenia,—¿no conoce Vd. á sus padres?

—No, no los conozco.

—Pero ¿tendrá Vd. noticia de ellos?

—Tampoco.

—¿Dice Vd. que no tiene noticia de ellos? No me resuelvo á creerla.

—Yo no miento nunca, señora, y no sé por qué habia de engañar á Vd.

Eugenia quiso con una penetrante mirada, leer en el rostro de su hija; pero la inmutabilidad de esta la aseguró con gran extrañeza suya de que decia la verdad.

—Pero eso no obsta,—continuó,—para que Vd. desee conocerlos. ¿No ha pensado Vd. nunca en esto?

—¿Y de qué me serviría?—respondió la jóven.

—Tiene Vd. un amante de una clase superior á la suya.

—Para él no es un misterio mi condicion, señora; y si me quiere es por lo muy poco que yo valgo.

—¿Y está Vd. segura de que será su esposo?

María se ruborizó, luego se tornó pálida y respondió balbuciente:

—Así me lo ha jurado, señora; y él, que es un caballero honrado y cabal, no faltará á su palabra si no se opone á ella un grave motivo.—Pero, señora,—añadió,—¿por qué me dirige Vd. esas preguntas? ¿Quién es usted? ¿Qué puede interesarle todo esto?

Una repentina idea que acudió súbita á la imaginacion de la jóven la dictó estas preguntas.

Eugenia, sin embargo de haber equivocado su verdadero sentido, fué presa de una confusion que toda su serenidad de ánimo no bastó á evitar.

—Cuán lejos estaba de creer en la tranquilidad de su conciencia, de que eran dictadas tan solo por los celos!

María recordó en aquel momento lo que Eufrosia le habia contado sobre su famoso encuentro con D. Enrique y una señora á la cual acompañaba en la Plaza Mayor.

Eugenia vuelta en sí de su turbacion,

—¿Desea Vd. saber quién soy,—preguntó á su vez,—y qué interés tengo en?...

—Sí, si señora,—interrumpió María.

—Va Vd. á saberlo. ¿Vd. ama á D. Enrique?

—Sí, le amo, y él á mí tambien.

—Pues en ese caso, y una vez que tan segura está Vd. de su amor, deseo... quiero que Vd. haga en mi obsequio un servicio.

—¿Qué servicio, señora?

—No comprendé Vd...

—No es fácil que comprenda: explíquese Vd.

Eugenia dudó un momento, durante el cual pareció prepararse á acometer su objeto, abordándolo de una vez:

—Toda vez que Vd. tiene tanto ascendiente sobre su corazón, —dijo, —quiero que impida la mala acción que intenta contra mí, acción que puede perjudicarme.

María respiró como si se quitara un peso de encima, y repuso:

—Si en mí depende darla gusto, señora, yo haré cuanto sea posible en obsequio de Vd. ¿De qué se trata?

Eugenia vaciló un instante, pero dijo resueltamente, dispuesta á concluir de una vez:

—Su amor por Vd. le hará cometer disparates; en su afán de dar á Vd. una familia... una... ¡pues! una madre... no repara en los medios...

—¿Qué es lo que dice Vd., señora?

—Digo que Utrera se ha empeñado en buscar á Vd. á toda costa, una madre...

—¿El?... ¿y para qué, señora?

—Eso se explica muy bien, teniendo en cuenta el dudoso nacimiento de Vd...

—¿Y esa madre...

—Esa madre es... soy...

—¡Quién!

—Quiere que yo sea tú... digo... su madre de Vd...

—¡Vd... mi madre!... dice Vd. que quiere...

Una luz misteriosa; un secreto presentimiento, sin duda la voz de la sangre, mordió agudamente en el corazón de María; quien levantándose súbitamente y retrocediendo contempló largo rato el semblante demudado y contraído de Eugenia.

Esta vez aquella mujer no pudo resistir la mirada fija, investigadora de la pobre criatura.

Después de haber permanecido mucho tiempo en una meditación contemplativa,

—¿Pero en qué se funda D. Enrique para exigir de usted tal cosa?... Yo tengo mis padres... quiero decir dos ancianos me están sirviendo de padres hace diez y seis años. Responda Vd., señora... ¿en qué se apoya D. Enrique para una pretension tan extraña?

Eugenia murmuró:

—¡Se funda... se funda... la verdad!... voy á decir...

—¿La verdad?... qué es lo que está Vd. diciendo... Esa confusion... ¡señora!...

María se interrumpió y contempló á Eugenia con una especie de alucinamiento.

Eugenia, haciendo un poderoso esfuerzo sobre sí misma, levantóse de su asiento, y acercándose lentamente á la jóven:

—Sí, D. Enrique no se ha fundado mal,—dijo,—porque has de saber que yo... yo soy efectivamente tu madre...

—¡Dios mio!... ¡socorro! ¡Dios mio!

La pobre jóven, al prorumpir en esta exclamacion, retrocedió con el terror tan marcado en su semblante, que Eugenia, inmóvil y como enclavada en su sitio, vió caer desvanecida á su pobre hija, sin acertar á socorrerla.

Por fin, saliendo de su perplegidad, acudió á la desmayada María, y consiguió hacerla volver en sí.

Abrió sus ojos la infeliz, y apenas se vió en los brazos de la que decia ser su madre, hizo un poderoso esfuerzo y consiguió desasirse.

Eugenia la vió alejarse á alguna distancia con cierto estupor, observando la convulsion que agitaba el cuerpo de su hija, y en el cual se traslucia bien claramente un terror invencible.

Sin duda alguna que no habia esperado causar semejante efecto, y necesitaba ser una fiera, peor mil veces que una bestia feroz, para no sobrecogerse ante aquella vírgen candorosa que se espantaba de encontrar tan inopinadamente á su madre.

A pesar de su ambicion, de su orgullo, se sintió sobrecogida, como aplastada bajo el peso de una providencial execracion.

Aquello era superior á su serenidad, á su audacia.

Frente á frente de su propia hija, y en presencia del espanto que esta la manifestaba, un torcedor horrible, un remordimiento cruel, una angustia de que no se dá cuenta con facilidad el corazon humano, se apoderó de su corazon y de su alma. ¡Diez y siete años de feroz disimulo acababan de ser castigados en una sola hora, en un solo momento! La situacion de ambas se prolongó aun.

Por último, recobrada Eugenia de su estupor, dijo en tono casi suplicante:

—¿Por qué huyes, hija mia?

—¡Porque ahora os tengo más miedo que cuando estabais en ese corredor!—respondió María.

—¿Qué dices, desdichada!

—Perdóneme Vd. señora, mas no puedo remediarlo.

—Pero soy tu madre...

—Bastante desgracia es para mí; pero no me haga daño... ya ve Vd., soy débil... muy débil... Dios mio... ¿Qué pecado he cometido yo para que me castigues así?

—¡Calla! ¡calla!—exclamó Eugenia en el colmo del sufrimiento, y no pudiendo resistir aquellas frases desgarradoras que tan espontáneamente salian del corazon de su hija.

Esta añadió:

—Por Dios, señora, dígame Vd. qué quiere de mí; yo haré cuanto Vd. me mande; pero déjeme ir pronto; tengo miedo, sufro mucho, y si permanezco más tiempo en esta casa creo que voy á morir.

Estas últimas palabras acabaron de convencer á Eugenia. Había perdido el corazón de su hija. Es verdad que tampoco había ido á aquel sitio con el firme propósito de buscarlo, sino con el de convertir en arma defensiva el poderoso afecto del amor filial.

Creyó seguramente que su revelación enternecería á la jóven, y se prometía de antemano un desenlace tan vulgar como provechoso á la escena que preparaba.

La actitud de María la desconcertó, porque ni remotamente había pensado en ella.

Por último venció á medias en su corazón el interés de sus aspiraciones, y tomó su resolución.

Adelantó algunos pasos con dirección á la pobre niña, y dijo con tono suplicante:

—No temas, hija mía; pronto quedarás en libertad de volver á tu casa: quiero únicamente que me prometas un favor.

—Acabe Vd., señora, estoy dispuesta á hacer lo que usted quiera; mas con la condición de que despues me verá completamente libre, y no volverá á perseguirme.

—Bien, María; te prometo que quedarás tranquila por esa parte; óyeme con atención.

—Ya escucho á Vd.

—Yo tengo un padre...

—Descanse Vd.; jamás se me pasará por la cabeza la idea de buscarle:—interrumpió María.

Eugenia continuó:

—No consiste en lo que tú hagas ó dejes de hacer.

—¿Pues qué quiere Vd.?

—Ya sabes; D. Enrique...

—¡Ah! Comprendo: quiere Vd. que yo...

—Eso es: quiero que tú le prohibas terminantemente llevar á efecto lo que intenta hacer. Quiero que renuncie á tan horrible propósito, ¿entiendes?

—Bien, señora; me opondré con todas mis fuerzas.

—No basta eso.

—¿Pues qué más exige Vd. de mí?

—Que le amenaces con abandonarle, con dejar de quererle si persiste en no dejarme tranquila, en labrar mi desgracia.

—¡Qué yo le haga semejante amenaza!... ¡Imposible, no, es imposible! yo no puedo prometer á Vd. eso.

—¡Desgraciada! ¡No comprendes la afrenta y los grandes perjuicios que me hace arrostrar! ¿No ves que yo soy más desventurada, mil veces más desventurada que tú, en medio de tu situación?

—¡Ah! ¿con que es Vd. desgraciada? ¡Y para remediar su desgracia pretende labrar la mia!

—No, porque tu amante no te abandonará jamás y cederá á lo que le exijas.

María reflexionó un momento.

Eugenia, llena de ansiedad, esperó la resolución de su hija como un reo espera la sentencia de su juez.

Esta se decidió por fin.

—Bien, señora,—exclamó,—prometo á Vd. que no tendrá motivos de zozobra en cuanto á eso. Exigiré á mi novio que la deje vivir en paz.

—¿De veras?—preguntó Eugenia con cierta expansión y como si respirara por primera vez durante aquel diálogo.

—Y tan de veras, cuanto me contrariaría y me repugnaría que pretendiera de Vd. lo que para mí considero una calamidad peor que cuantas pueden sobrevenirme.

—María...

—No se extrañe Vd., es una cosa natural. ¿Ahora puedo irme de aquí? Creo que hemos acabado.

—Todavía no.

—¿Aun quiere Vd. más?

—Júrame que me cumplirás tu palabra, que me librarás de esta enorme pesadilla.

La pobre muchacha juró con una prontitud, con una resolución tan grande, que otra mujer de diferente índole que Eugenia, se hubiese espantado.

—¡Gracias! ¡gracias! hija mia;—dijo esta con efusión y reconocimiento.—¡Gracias! acaso algún día...

Y adelantó con los brazos abiertos hácia la jóven, á quien hizo ademán de estrechar.

Pero María puso ambas manos por delante para rechazar aquel abrazo.

—¡Pero... María!...—exclamó Eugenia cada vez más asombrada,—¡soy tu madre!...

—He vivido diez y seis años sin ella; un honrado matrimonio se encargó de remediar esa falta, y á fuerza de cuidados y de cariño de tal modo han ganado mi corazón, que mi mayor desgracia sería encontrar para siempre mis verdaderos padres... Señora, es muy tarde; aquellas pobres gentes no habrán descansado un momento desde que hubiesen echado de ver mi falta; adios, señora: que Dios la haga á Vd. muy feliz; pero aunque lo sea Vd. más que una reina, olvídeme por completo y no venga nunca á turbar mi tranquilidad.

Un cuarto de hora despues, la pobre jóven vagaba á la ventura por las calles.

A su ignorancia en este punto, uníase la oscuridad de la noche, pues ni un mal farol encontraba en su extraviado camino.

Sin embargo, tenia ménos miedo que delante de la que acababa de declararse su madre.

No acertando con la vuelta de su casa, esperó á que fuese de dia, sin atreverse á preguntar á las personas que de cuando en cuando se encontraba acá y allá.

De este modo la sorprendió el alba en la cuesta de la Vega. Examinando el lugar en donde se hallaba, comprendió que se habia apartado algun tanto, y casi maquinalmente se dirigió á la calle Mayor.

Cerca de la casa de Villa encontró dos hombres parados, á quienes se dirigió para que la encaminasen á la calle del Humilladero.

Apenas hubieron oido su voz los desconocidos, se volvieron á ella con sorpresa, y casi á un mismo tiempo se exhalaron tres exclamaciones, tres gritos de alegría y de sorpresa.

Aquellos hombres fueron tan puntuales, tan solícitos con la pobre jóven, que la acompañaron á su misma casa. Eran el tío Colás y su amante.

CAPITULO XII.

Intrigas en el Real Sitio de San Lorenzo.

Forzoso es que dejemos á nuestros personajes en completa libertad de entregarse á los trasportes de su natural alegría, y á sus mútuas explicaciones.

Nos ocuparemos mientras tanto de lo que en la residencia del ex-rey Cárlos acontecia.

Para ello es tambien preciso que adelantemos algunos dias.

Estamos en el 17 de abril.

En la cámara de la reina María Luisa tenia lugar sobre las cuatro de la tarde una escena digna en verdad de otra nacion que no fuese España.

María Luisa y su hija la reina de Etruria conversaban amistosa y largamente con el duque de Berg.

La conversacion no tenia mucho de patriótica; pero en cambio halagaba sobremanera el orgullo del caudillo francés. En medio de aquellas dos mujeres, Murat desempeña-